

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL SUEÑO DE TENOCHTITLAN

O EL ORIGEN DEL FANATISMO SANGUINARIO



MAUCCI H^{os} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
SEGUNDA SERIE — DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS

El sueño de Tenochtitlán

ó

El origen del fanatismo sanguinario

POR

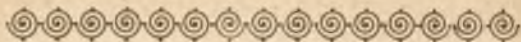
HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1899



El sueño de Tenochtitlán

La ciudad de *Tenochtitlán*, la hermosa *Metrópoli* azteca, aún respetada por los estados sometidos al poder de *Moctezuma*, se encuentra sumida en las tinieblas... Ella, tan alegre, ruidosa y activa durante el día, se entrega en la noche al más profundo reposo.

Porque han de saber mis buenos lectores que en aquella época el pueblo mexicano era excesivamente digno y virtuoso... Amaba con extraordinario afecto el hogar y las ternuras deliciosas de la familia... ¡Increíble parecía, amigos míos, que el individuo que durante las faenas del día se en-

tregaba á la tempestad de la guerra, al vértigo del trabajo, á la agitación interminable del comercio y de las carreras de una ciudad á otra... ó que en las fiestas religiosas mostrara sus vanos gritos y sus movidas y grotescas danzas, fuese en la noche tan tranquilo y apacible. ¡El que vociferaba, se movía, batallaba aullando y danzaba borrascosamente ó gozaba hasta el delirio contemplando las bárbaras escenas de sangre aún caliente... el salvaje impío y cruel á la luz del sol se entregaba durante la noche al silencio apacible... á la calma reparadora y amena, buscando en el reposo la paz de su corazón y la grata y dulcísima tranquilidad del alma!



La vida de la familia borraba en los aztecas la mancha repugnante de sus abominables sacrificios humanos, tan odiosas, tan inicuamente atroces y siniestros...!

La mujer azteca era dócil, buena, sumisa, abnegada, trabajadora, limpia y útil. ¡Lo llenaba todo con su amor! La ternura para con sus hijos era inmensa; por donde quiera mostraba la dulce piedad de su corazón, empapando con sus caricias puras el ambiente del tranquilo hogar!

¡Qué educación la de las madres para con sus hijos, desde los primeros días de su existencia!...

Hacían de la niña recién nacida un sér consagrado á la familia, dispuesto á ayudar al hombre en sus trabajos y hacerle su laboriosa y dura vida más grata y menos amarga.

Los ancianos vivían en el lugar más cómodo de la casa, choza, *xacal* ó palacio, según la clase de familia... En aquel lugar preferido se alzaba el *equipalli* ó sillón del venerable anciano... y era este como un trono, porque desde allí imperaba por su austeridad y sus consejos, refiriendo en las noches cuando todos los de la familia estaban reunidos, antiguas historias, cuentos hermosos impregnados de moral y sanas advertencias.

¡Y todos con qué respeto escuchaban las palabras de aquellos ancianos que eran los que educaban mejor á la juventud, estimulándola para que cumpliese con sus deberes principales para con la familia y la patria, elevando el espíritu hacia el misterioso desconocido donde parte la Voluntad creadora del Universo!...

Los ancianos eran objeto de grandes atenciones en cualquiera parte; las mujeres también recibían en plazas, calles y *teocallis* las muestras del respeto... y siempre los jóvenes viciosos y perversos eran perseguidos como los ladrones...

¡Grave y hermosa moral la de la sociedad azteca contrastando con sus ímpetus guerreros y sus sanguinarios fanatismos religiosos!...



¡Lástima de aquel pueblo que se asemejaba mucho al de Esparta, pueblo hijo de peregrinos acostumbrados á las privaciones y á la tenacidad

de una existencia maravillosa consagrada al cumplimiento del deber!

Los viles sacerdotes... los que usurpando con maldito sacrilegio y blasfemos atentados, el verdadero sacerdocio del amor y la fraternidad del Grande *Infinito dios* Unico de bondad y Ciencia, pretendían regir los destinos de la nación, los miserables ambiciosos que ponían al pueblo vendas de rojas telas para que solo viese el maldecido color de la sangre, eran los que lentamente habían ido pervirtiendo—¡por su ambición de riquezas y de poder!—los sentimientos mejores de la raza *nahuatl*, desde hacía muchos siglos...

¡Sangre, siempre sangre, torrentes de sangre habían hecho verter los déspotas negros de *Huitzilopuchtli*, trente á los aztecas, predicándoles una religión bárbara y terriblemente siniestra!

¡Aquellos sacerdotes fueron en un principio vagabundos extranjeros que habían sido arrojados de sus países por atroces y furibundos crímenes!

¡Quién sabe que formidables asesinatos y crueldades inicuas habían ejecutado en regiones lejanas, allá muy al Norte, entre las misteriosas tribus que viven en soledades brumosas, sobre eternos y blanquísimos y desolados témpanos de hielo!

Vagando, vagando perseguidas, trayendo los

harapos que les abrigaban manchados de sangre, las manos y pies con fango sanguinolento, oliendo al hedor fétido de la sangre corrompida, aquellos monstruosos criminales prófugos habían podido llegar al fin á los países donde los hombres vivían en las orillas de los lagos tranquilos donde las blancas y primorosas garzas tendían en el límpido azul del cielo, la raya de plata refulgente de su rápido vuelo...

En las márgenes de aquellos lagos tranquilos aquellos buenos hombres de costumbres sencillas vivían dulcemente, sin ambiciones, sin odios, dispuestos á pasar la vida con lo que la Excelsa Voluntad del Creador del Universo, quisiera depurarles... Vivían de los peces de aquellas aguas... de las aves que cruzaban el viento... de las frutas sabrosas que pendían de los árboles magníficos crecidos en los ribazos ó cerca de los vergeles floridos que aromaban aquellos desiertos...

*
* *

¿Y qué pasó entonces?...

¿Cómo recibieron los hombres silvestres de rústicas costumbres, los que vivían á la sombra de los árboles frutales, pescando tranquilamente como aquellos primeros apóstoles del cristianismo

que allá cerca del Jordán fueron los discípulos del Amado Maestro?... ¿Cómo fueron recibidos los errantes criminales que venían de las regiones de los eternos hielos, con las manos y los harapos de ropa, manchados de sangre?...

¡Les hombres pacíficos recibieron á los bárbaros tumultuosos y ensangrentados con pasmo y horror!...

¡Ah! pero estos eran hábiles... y empezaron contando historias terribles de monstruos y de ídolos siniestros. ¡Y la sangre! ¡Ah! para aquellos tremendos aventureros ennegrecidos por el crimen y por los odios, la sangre era el agua de luz purificadora!

—¡Esta sangre es divina, buenos amigos!... ¡Es el licor que bebe el dios más importante y más poderoso del Universo!... ¡Lo sabemos bien porque somos sus servidores, es decir, sus sacerdotes!... ¡Adorad la sangre!... Haced sacrificios para ser gratos á la más decisiva divinidad...

—¿Mas cuál es esta?... ¿Cual ese dios que tanto puede y tanto rige en este mundo? les preguntaron á los vagabundos los pacíficos y toscos pescadores de los lagos de *Aztlán ó país de las Garzas*.

—¿El dios más poderoso? ¿Preguntáis todavía, pobres amigos nuestros? Ojalá y no os castigue la

osadía de no haberlo reconocido antes para rendirle culto!... Pero nosotros que conocemos sus misterios y que nos ama... os lo indicamos! *¡Es el Dios de la Guerra!*... Impera en todo el Mundo... lo mismo entre los animales ínfimos que le ofrecen en sus luchas, su sangre, que en los superiores. ¡Y lo mismo en los hombres pobres y abandonados y desnudos como nosotros éramos antes de que lo adoráramos como entre los ricos y poderosísimos, que visten soberbias túnicas de telas finísimas... Estos le rinden culto también, aunque sin saberlo porque solo de nombre fingen adorar á otras divinidades... Pero el dios de la Guerra es el Único Soberano del Mundo... de la Vida inmortal y de todo el Universo... ¿Veis?... ¿Veis?... ¿No le estáis rindiendo culto?...

Cuando estas palabras dijeron los hombres del Norte, señalaron á un hombre que acababa de herir en las selvas un pequeño tigre, que traía chorreando sangre.

—¡Lo veis!... ¡Ese compañero vuestro ha combatido con el animal y ha derramado su sangre!.- ¡Se han mezclado sus dos sangres y triunfa el más valiente, audaz y sabio!... El dios de la Guerra está satisfecho... ¡Protege á los pueblos que luchan y vencen!... Los hace grandes, poderosos y felices!

—Oh! Sabios Extranjeros, bien venido seais entre nosotros! exclamaron los hombres pescadores. ¡Queremos amar y tributar culto al dios de la Guerra para que seamos poderosos y feli-



ces!... Vosotros que sabéis estas maravillas, dirigidnos á su trono para reverenciarlo...

—¡Insensatos!... Eso se logra después de la muerte... Antes tendréis que luchar y que demos-

trar vuestro ánimo en los combates... Mientras, sacrificad una víctima cualquiera... Y abandone-mos estos lugares donde solo peces insignifican-tes habéis sacrificado... ¡Hacia el Sur hay regio-nes fértiles y hermosas pobladas por hombres ricos que tienen palacios, iremos hasta allá!..... El símbolo de la Guerra está en el águila... ¡Ire-mos hasta dónde veamos que baja una soberbia águila á devorar á su eterna enemiga: la cule-bra!.... ¡Iremos hasta ese lugar!.... Y mientras adoremos al dios de la Guerra!...

Así habían respondido los hombres ennegreci-dos por la sangre, el odio y el crimen, seducien-do á los pobres pescadores, arrebatándolos de sus apacibles valles, de las riberas hermosas de sus lagos, donde las garzas blancas pasaban ga-llardas atravesando el azul del cielo...

Desde entonces empezaron las peregrinaciones de los pueblos de raza *nahuatl*; desde entonces abandonaron el culto sencillo á Naturaleza, á las aguas que fertilizan los campos, a la luz del Sol que todo lo fecunda con hálitos y poder de eter-nal amor como fuente inagotable de serena y pu-ra felicidad; al lucero de la tarde y á las alegres primaveras que esmaltan de millones de flores las márgenes de rios, de los lagos y de los bravíos

torrentes, perfumando así los labios formidables de los abismos!

Desde entonces, poco á poco, los aztecas fueron acostumbrándose con fanatismo al culto del dios de la Guerra que llegó á ser *Huitzilopuchtli*, el siniestro, bárbaro y estupendamente horrible idolo... y empezaron los sacrificios humanos. ¡Las guerras sagradas llegaron á ser necesarias para poder tener prisioneros que fueran víctimas á quiénes sacrificar para arrancarles el corazón humeante aun y ofrecerlo como la más grata y mejor ofrenda ante la efigie de granito coronado de oro y plumajes de colibrí del abominable idolo!...

*
* *

Los sacerdotes de los *mexica* siguieron embruteciendo al pueblo, inculcándole el amor á la sangre, como el licor favorito del dios de la Guerra á quien, según ellos, debían toda su prosperidad y deberían sus victorias en lo porvenir.... Y, lentamente, muy lenta, pero seguramente, de generación en generación los mexicanos sacrificaban víctimas humanas, impulsadas por un frenesí delirante y espantoso... ¡*Huitzilopuchtli* fué para ellos la personificación de la grandeza nacional!... ¡En vano hacía siglos apareció entre

las sierras y los bosques, allá por el Sur del *Anahuac*, un misterioso anciano de larga y poblada barba blanca y florida, hablando del amor, de



la fraternidad y de la paz, ensalzando con himnos poderosos y sublimes al Unico y Eterno Señor de la Creación, Todopoderoso en todos los siglos y por todos los siglos!

En vano las terribles profecías del misterioso anciano dijeron de los castigos que había de tener la raza que seguía siendo adoradora de los dioses pequeños y sanguinarios... En vano Quetzatcoatl, había dicho en el mismo bosque de Chapultepec:—«Ay! de la Nación que siga bebiendo la sangre de sus hermanos!... Vendrán los días en que lleguen los vengadores... envueltos en relámpagos, tronando poderosos, dispuestos á exterminar las ciudades malditas, aunque ellos después sean también exterminados en su día!...»

En vano todo... los aztecas habían continuado en su sanguinario fanatismo de los sacrificios humanos...

¡Pero en el fondo cuánta nobleza, lealtad, ternura y afecto á la familia! ¡Cuanta paz en el hogar!...



Por eso aquella noche había tanta calma en Tenochtitlán... Todos los habitantes reposaban, olvidando las tristezas del día, sin saber que dentro de pocas lunas caerían hechos pedazos templos, palacios, chozas y casas, *xacallis* y monumentos en las plazas, puentes y circos... y entre los escombros humearía la sangre... y entre el estruendo del caer y el derrumbarse de los

edificios, surgiría la voz del viejo profeta de la barba blanca tronando:

—Ay! de la ciudad maldita que ha bebido la sangre de sus mismas razas!... ¡Sus últimos días serán de fuego y sangre!... Y sus heroicas mujeres derramarán lágrimas amargas cayendo cadáveres sobre el polvo de la catástrofe!...

Mientras tanto Tenochtitlán, abrigando á sus futuros verdugos, dormía, dormía apaciblemente ..

FIN

Las Alegrías en Víspera de la Matanza
La Hija de Xicotencatl
La Barca de la Traición
El Subterráneo del Oro
El Sueño de Tenochtitlan
La Cólera del Pueblo
La Maldición contra el Déspota
La Noche Triste en Tenochtitlan
El Llanto de Cortés
La Piedra contra el Emperador
El Sitio de Tenochtitlan
La Sirena Blanca y el Tritón Negro
La Conspiración del Marqués del Valle
La Voz del Heroísmo
La Formidable Catástrofe
El Castigo Espantoso
El Último Teocalli
El Temaxcall de Netzahualcoyotl
México ante la Independencia Nacional
Los Crímenes y las Epopeyas de México
Los Vireyes de la Nueva España
Las Infamias de la Ambición
Los Crímenes de la Ambición
Las Auras de la Independencia
La Infamia del Rey Tzintzicha